
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 36:

Moisés intercede por un pueblo rebelde

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 36

MOISÉS INTERCEDE POR UN PUEBLO REBELDE

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 36

Bienvenidos a la lección número 36 de nuestra serie sobre la Historia de la Biblia del Antiguo Testamento. En esta historia aprenderemos cómo «Moisés intercede por un pueblo rebelde». Pero antes de empezar, tengo una pregunta para ti.

¿Cuándo fue la última vez que tuviste que pedirle a un padre, maestro o amigo una segunda oportunidad? Piensa en ese momento. ¿Cuánto tiempo tardaste en desobedecer a tus padres después de que te dieron unas instrucciones? No somos tan buenos obedeciendo a la primera, ¿verdad? Teniendo esto en cuenta, tal vez podamos entender cómo Israel pudo rebelarse así como lo hicieron aquí. ¡Vayamos a nuestra historia!

Después de que Moisés desapareció en el monte, el pueblo estuvo esperando su regreso. Llegó la noche, y Moisés no regresaba. Esperaron toda la semana, y luego otra semana... y ahora el pueblo comenzó a ponerse nervioso, pensó que algo terrible le había sucedido a Moisés. Estaban convencidos de que Moisés había muerto. Lamentablemente, ellos se olvidaron que Dios era su libertador, y no Moisés.

El pueblo fue a ver a Aarón con una idea. «Aarón», dijeron, «No tenemos idea de lo que le ha sucedido a Moisés, y no creemos que vaya a regresar para guiarnos. Haznos una imagen de Dios para que vaya delante de nosotros». Aarón cede sin oponerse a su demanda. Aarón recoge sus joyas de oro las funde y construye un becerro de oro. El becerro de oro es colocado encima de un altar. Aarón le dice al pueblo: «Pueblo de Israel, ahí está vuestro Dios que os sacó de la tierra de Egipto». Prepararon una gran fiesta religiosa para el siguiente día.

El pueblo estaba empezando a tener la mala costumbre de fijarse en lo que hacían las naciones que los rodeaban y querer ser como ellos. Querían tener un dios que pudieran ver, querían danzar alrededor del ídolo, en las fiestas. Así que, aquí los tenemos. El pueblo está riéndose, danzando, regocijándose y dando vueltas alrededor de este becerro de oro, cantando: «¡Este es nuestro Dios, que nos sacó de Egipto!»

Moisés, mientras tanto, ha estado en el monte durante cuarenta días y cuarenta noches. Dios le ordena a Moisés: «Desciende del monte porque el pueblo lo ha echado todo a perder. Se han hecho un becerro de oro, y lo están adorando. Ya no pueden ser mi

pueblo. Hazte a un lado Moisés para que yo pueda destruir a este pueblo. Empezaré de nuevo contigo, Moisés, y haré de ti una gran nación».

Moisés, inmediatamente, cayó de rodillas al escuchar esta noticia de que Dios comenzaría de nuevo con él, y lo convertiría en una gran nación. Se puso de rodillas, suplicando al Señor que mostrara misericordia a este pueblo. Le recuerda a Dios que este pueblo le pertenece a Él. ¡Su destrucción haría que otras naciones se burlaran del único Dios verdadero!

«Oh Dios» – él ora – «Acuérdate de las promesas que has hecho a Abraham, Isaac y Jacob». Moisés mostró su fe en Dios al no tratar de dar excusas sobre lo que hizo este pueblo, sino al recordarle a Dios Sus grandes promesas. Las promesas provenían de Dios, por lo que, eran santas e inmutables.

Cuando Moisés descendió de la montaña, y entró en el campamento, pudo ver a la multitud de personas postrándose ante el becerro de oro, cantando y danzando alrededor de la imagen. Moisés sostenía las dos tablas de piedra con la Ley escrita en ellas. Y, de repente, ¡las estrella contra las rocas!

Todos pudieron ver con sus acciones lo que estaba diciendo: «¿Pueden ver cómo he roto las tablas de la Ley? Así ustedes han quebrantado el pacto con el Señor». Moisés camina directamente hacia el becerro de oro, y lo derriba de su pedestal. Moisés destruyó el becerro de oro hasta convertirlo en polvo, y luego lo echó en el suministro de agua. Al pueblo se le hizo beber esta agua, mostrando que tenían que aceptar las consecuencias de su pecado.

Lamentablemente, Aarón ofrece una explicación muy débil por todos estos acontecimientos. Luego, Moisés desafió valientemente a la nación de Israel a dar un paso adelante si estaban del lado del Señor. Toda la tribu de Leví tenía la conciencia tranquila porque no habían adorado a esta imagen. Moisés ordenó a los levitas que pasaran por el campamento, y castigaran al pueblo. Ese día tres mil personas fueron ejecutadas.

A la mañana siguiente, Moisés habló al pueblo sobre de esto. Él dice: «Ustedes han pecado contra Dios, ya no merecen ser llamados su pueblo. Pero hablaré al Señor por ustedes y, tal vez, él perdone sus pecados». Moisés volvió a subir al monte, meditando profundamente. Él seguía pensando en la gravedad del pecado que Israel había aca-rrado para sí mismo al rebelarse contra el Dios que había sido tan bueno con ellos.

Por medio de esto podemos decir que Moisés realmente amaba a este pueblo y estaba muy preocupado por ellos. Moisés no era un líder egoísta. Podemos escucharlo cuando él oraba: «Señor, echa sobre mí su culpa. Mátame por el pecado del pueblo, Pero, por favor, perdona al pueblo».

Esta petición es rechazada por el Señor. Moisés nunca podría pagar por los pecados del pueblo, ¡él también era un pecador! Cada uno tendrá que llevar o cargar con su propia culpa.

Dios anuncia que su presencia ya no irá más con Israel. Puedes imaginar que cualquier otra rebelión de este pueblo terminaría en su total destrucción por parte de Dios. Aun así, Dios les promete misericordiosamente Su ayuda divina para vencer a sus enemigos. Puedes leer esto en los primeros versos del capítulo 33.

El verso 7 dice que Moisés tomó el Tabernáculo, y lo llevó lejos, fuera del campamento. Este no es el Tabernáculo del que hemos estado aprendiendo en las últimas lecciones. Esta era una tienda donde Moisés se encontraría con Dios. Cuando Moisés entraba en esta tienda, la columna de nube de la presencia de Dios descendía sobre ella.

Leamos el verso 11: «Y Jehová hablaba a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero». Esto debe ser muy humillante porque Moisés tenía comunión directa con Dios. Moisés le ruega a Dios que renueve su relación de pacto. Moisés intercede por el pueblo, y le recuerda a Dios que ellos son Su pueblo del pacto.

Dios le asegura a Moisés, diciendo: «Mi presencia irá contigo, y te haré descansar». Entonces, Moisés pidió ver la gloria de Dios. Moisés fue bendecido al poder ver a Dios como nadie lo había visto antes. Pero aun así, Moisés no fue capaz de mirar directamente a Dios, y vivir.

A medida que la gloria de Dios pasaba, Moisés era protegido por Dios en una hendidura de la peña. Dios iba a proteger así a Moisés, de ser consumido por la gran majestad, y el poder de la gloria de Dios. Cuando Dios se reveló aquí, le recordó a Moisés su misericordia, su compasión y su justicia. La misericordia de Dios y su justicia son dos características clave de Dios, y hablaremos de ellas al final de esta lección.

Una vez más, Dios escribió los Diez Mandamientos en las dos tablas de piedra. Cuando Moisés volvió a bajar del monte, las personas no podían soportar mirarlo. Había estado tan cerca de Dios que su rostro resplandecía con Su gloria. Moisés tuvo que cubrir su rostro con un velo. Pero los israelitas podían oírlo. Así que lo escucharon con atención. Cuando ellos escuchaban a Moisés, podían percibir algo del amor de Dios por ellos.

Dios perdonó a Israel de una manera mucho mejor que Moisés. Dios amó a Israel mucho más que Moisés. El Señor les daría nuevas tablas de la Ley. El Señor todavía iría con ellos a la tierra prometida de Canaán. El pueblo seguía siendo el pueblo de Dios, pero ellos sabían que no merecían serlo.

Hagamos algunas conexiones aquí en esta historia para nosotros hoy. ¿Por qué Dios incluyó esta historia en la Biblia? Veamos dos cosas:

Primero, veamos un poco más de cerca a Moisés orando por el pueblo de Israel. A estas alturas, no creo que te sorprenda que Moisés sea un ejemplo del futuro Mesías, el Cristo. Ambos fueron mediadores para el pueblo. Esto significa que estaban intercediendo entre Dios y el pueblo. A Moisés no se le permitió entrar en el Tabernáculo, pero el Señor Jesús ha entrado en el cielo, y está a la diestra de Su Padre, orando por Su pueblo.

Tal vez tengas curiosidad por saber si son diferentes en algún aspecto importante. Bueno, leamos en Juan 1:17: «Porque la ley por Moisés fue dada, mas la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» Israel fue privilegiado mucho más que cualquier otra nación porque tenía algo que ninguna otra nación tenía. ¡Ellos tenían la Palabra de Dios, la Ley, que vino a través de Moisés! Pero luego, en el Nuevo Testamento, la Palabra de Dios misma, el Hijo de Dios, vino para mostrar la gracia y la verdad.

Además, en los primeros versos de Hebreos capítulo 3, aprendemos otra diferencia. Tanto Moisés como el Señor Jesús son descritos como muy fieles en el trabajo que les fue encomendado. Moisés fue fiel como siervo, pero Cristo fue fiel como Hijo. Moisés era el siervo; y Cristo, el Maestro. Moisés era muy especial como representante del Rey, pero el Rey mismo es mucho más glorioso.

Segundo, miraremos un poco más de cerca quién es Dios. Y esta vez, es la propia descripción que Dios hace sobre Su carácter a Moisés. Por favor, lee Éxodo 34:6-7. Allí dice: «Jehová, Jehová, fuerte, misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda la misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo dará por inocente al malvado». En estos versos, Dios se describe a sí mismo: «Yo soy misericordioso con los pecadores, y no dejaré que el pecado quede sin castigo». Estos versos se repiten en muchos lugares del Antiguo Testamento, al menos unas seis veces. Es una descripción importante del carácter de Dios porque son palabras que Dios mismo dijo.

Veamos brevemente dos de las características de Dios: La de justicia y misericordia.

La justicia de Dios es clara en Su Ley, y en Sus acciones. Las recompensas y los castigos de Dios son perfectamente correctos. Todo lo que Dios hace es justo. La justicia de Dios significa que Él castiga la maldad. La justicia de Dios también significa que Él recompensa la rectitud.

La gracia y la misericordia de Dios son aquellas características que muestran a Dios como compasivo y generoso con los pecadores. La gracia y la misericordia de Dios protegen a los pecadores de Su ira y Su justicia. La gracia y la misericordia de Dios están en el corazón del pacto que hizo con Israel. Entonces, aquí aprendemos por la descripción que Dios hace de Sí mismo, que será misericordioso con los pecadores, y que, con toda seguridad, castigará el pecado.

Entonces, tal vez tengas una pregunta: ¿Fue Dios justo en esta historia, o fue misericordioso? ¿O ambas cosas?

Dios no castigó los pecados del pueblo. De hecho, en el capítulo 32:14 dice que Dios «se arrepintió». Dios decidió no hacer justicia contra el pueblo, en ese momento. Él no olvidó esos pecados, ni simplemente fingió que no sucedieron. No, eso no sería justicia. Eso sería injusticia.

Dios decidió mostrar Su misericordia, en ese momento. Dios retrasó la justicia, en ese momento, porque sabía que Su Hijo vendría a satisfacer perfectamente Su justicia. Creo que Romanos 3:25-26 son versos difíciles de entender, pero quiero leerlo contigo para mostrarte que esto viene de la Biblia. Leámoslo juntos: «A quien Dios ha puesto como propiciación por la fe en su sangre, para demostrar su justicia, a causa de haber pasado por alto los pecados pasados, en la paciencia de Dios, para demostrar su justicia en este tiempo, a fin de que él sea el Justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús».

Tal vez esta parte sea difícil, pero es verdad. Permíteme plantearlo de una manera diferente, especialmente al final del texto donde dice: «A fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús». Permítanme decirlo en mis propias palabras: «Dios designó que en la muerte de Su Hijo todos pudieran ver a Dios como justo o recto. Pero también designó que sea Dios quien justifique a aquellos que confían en Su Hijo».

¿Puedo decirlo de otra manera?: «¿Cómo podría Dios mostrar misericordia, gracia y amor a estos pecadores rebeldes de Israel, y al mismo tiempo castigar su pecado? Dios miró los pecados de Israel y supo que tenía que castigar sus pecados. Simplemente tenía que hacerlo. Él es santo. Ese castigo los consumiría por completo. Pero él también quería restaurar a este pueblo en una relación con Él, para mostrarles su amor, y su gracia. ¿Cómo podía hacer ambas cosas? La respuesta es Jesucristo, su vida, muerte y resurrección. La muerte de Cristo permitió que Dios fuera justo porque el pecado fue castigado. Además, la muerte de Cristo también permite que Dios declare justo a un pecador creyente».

Entonces, en esta historia, el carácter de Dios es descrito tanto justo como misericordioso. Hemos sido testigos de una maravillosa muestra de la gracia y la misericordia de Dios hacia Su pueblo, Israel.

Esto nos lleva al final de nuestras lecciones sobre Éxodo. Este libro es acerca de un pueblo salvado para la gloria de Dios. Nuestro próximo libro, Levítico, es acerca de cómo Dios permite que este pueblo rebelde y pecador pueda tener una buena relación con Él.